

IDIOMA UNIVERSAL

Mientras los utópicos creyentes en el seguro advenimiento de un idioma universal tienen puestos los ojos en el esperanto, como última y perfeccionada palabra de su credo, sólo atentos á sus progresos y propaganda, no advierten por dónde viene y avanza con mayor rapidez el verdadero idioma universal, el que de todos puede ser entendido, menos de los ciegos, porque entra por los ojos, sean de civilizados ó de salvajes, claro como la luz del sol, porque de ella procede, y es, como la luz del sol, para todos. La luz es su verbo, imágenes sus palabras; su nombre, Fotografía.

Por sus perfeccionamientos, por la universalidad de sus aplicaciones, por la facilidad de transmisión, ¿qué otro medio más rápido, más fácil, para difundir por todo el mundo noticia de todo?

Si progresar es resistirse á morir y por lo

tanto á envejecer, progreso es sin duda que la vieja humanidad torne á la infancia, á esa edad en que un libro de estampas es á la vez instrucción y recreo. El hombre se aniña y la estampita triunfa en su atención cansada, como en la atención distraída del niño, y su triunfo es universal.

El periódico ilustrado, vulgarmente llamado de monos, es preferido á los que llamaremos literarios, en la más amplia acepción de la palabra letras. El fotograbado, la estampita, nos informan con rapidez, con exactitud, de los grandes y pequeños sucesos mundiales. La noticia gráfica es entendida de todos.

En nuestras relaciones particulares á distancia, la tarjeta postal ilustrada sustituye á la carta, con economía de tiempo y de dinero. Todavía nos creemos en el caso de escribir unas palabras al margen; cuando la foto-telegrafía se vulgarice, bastará con transmitir nuestra imagen, risueña ó triste, aburrida ó indiferente, para dar noticia exacta de nuestra vida á los ausentes, y con nuestra figura irán los lugares por donde pasamos, más expresivos que las más prolijas descripciones.

El cinematógrafo, ya competidor temible del teatro, será, con las mejoras naturales de su mecanismo, todo el teatro del porvenir, sin que sus dramas cedan en emoción á los dra-

mas hablados ni en gracia las comedias, con la ventaja de que en ellas sólo será posible el chiste de acción, siempre de mejor ley que el chiste de frase. En cuanto á espectáculos de magia y fantasía, hoy mismo supera á cuanto se presenta en los viejos teatros.

Aplicado el cinematógrafo á la enseñanza práctica, desterrará por completo de los centros docentes las explicaciones orales y teóricas. Por él podrán ser conocidas y estudiadas en todo el mundo las más delicadas operaciones quirúrgicas, como toda clase de trabajos agrícolas y de fabricaciones industriales.

En las discusiones parlamentarias podrá ahorrarnos los interminables discursos acostumbrados. El pro y el contra de todas las cuestiones podrá mostrarse del modo más palpable por una serie de películas.

Supongamos que algún día, por natural retorno de las cosas del mundo, vuelve á discutirse en nuestro Parlamento la ley de Asociaciones religiosas. Sus partidarios mostrarán, en cintas de algunos metros de extensión, la vida regalona de religiosos y religiosas en cómodos y bien proveídos conventos; los mostrarán en el refectorio y en el huerto, los mostrarán fabricantes de licores, chocolates y perfumería; tal vez en algunas intimidades conventuales que hará agitar más de una vez

la campanilla presidencial; mejor dicho, dar vuelta á la llave de la luz proyectora, que será el medio más eficaz de cortar la cinta de su discurso al orador, impropiaamente dicho.

Seguidamente el adversario, con el mismo aparato y distinta película, rebatirá los anteriores cuadros, presentándonos los ayunos, mortificaciones y disciplinazos—quizás en algunos de estos cuadros vuelva á extinguirse la luz presidencial, por la desnudez de algunos argumentos.—Nos presentará en edificantes escenas el celo evangélico de las Ordenes religiosas por la educación de las clases populares y la civilización de los pueblos salvajes...

Con este nuevo sistema de discusiones, ya no podrán quejarse los hombres de ideas prácticas de su desventaja oratoria ante cualquier elocuente fluido; el régimen parlamentario no puede perder nada, y en cambio... ¡lo que se divertirán los maceros!

Ante los tribunales de justicia aún será más emocionante el nuevo procedimiento. El fiscal presentará una exacta reproducción del hecho de autos, que no hay que decir si tendrá público; el defensor, en los cuadros más conmovedores de la vida del reo, su amor á la familia y á la sociedad, sus días de hambre y de desesperación, la despreciable conducta de

la víctima y, por último, y en colores, una brillante apoteosis del Jurado...

De los futuros libros, ya no podrá decirse, como Hamlet: ¡Palabras, palabras, palabras!, sino ¡Estampas, estampas, estampas!

Estampas será la Historia; estampas, novelas, cuentos, poesías. ¿Por qué no? El Arte no perderá por eso. La obra de Arte será la vida vista por un objetivo fotográfico... Es verdad. Pero detrás de ese objetivo estará siempre el temperamento del artista. Y tratándose de documentos para la Historia, cuanto menos temperamento en el fotógrafo y más impasibilidad en el objetivo, mejor. Dentro de algunos siglos, ¿no parecerá la colección de algún periódico ilustrado de ahora, la historia de algún reinado contemporáneo, contada por algún furibundo republicano? Y no será por la letra, ciertamente. En este caso bien puede decirse, alterando los términos:—La letra vivifica: el espíritu mata.

¡Y el espíritu eres tú, Fotografía; lenguaje universal, hijo de la luz, verbo suyo! ¡Tú eres el verdadero esperanto!

«DE SOCIEDAD»

La buena sociedad de Madrid se divierte; por lo menos, hace lo que puede para que creamos que se divierte. Los grandes bailes se suceden... y se parecen. Los periódicos llenan columnas con la descripción detallada de tantos esplendores. En las familias burguesas, en los talleres de modistas, de escaleras abajo en las casas grandes, se lee la revista de sociedad con tanto interés como el relato de un crimen sensacional.

No hay idea de la simpatía y del interés que las clases más modestas de Madrid sienten por su aristocracia. De cuando en cuando la lectura se interrumpe con algún comentario. «¡Mira que decir deslumbradora belleza á la...!» (aquí un nombre muy conocido). «¡La que sí estaría guapísima es la...!» (otro nombre ilustre). En el obrador modistil hay protestas para las inexactitudes en la descripción

de algún traje, obra y orgullo de la casa. «¡Mira que decir tules, y eran encajes riquísimos! ¿Dónde tendrán los ojos? La prensa no dice verdad nunca.»

Los servidores desean saber si su señora dió golpe.—Aquí viene la señora. «Como una figura arrancada de uno de esos cuadros, etcétera...» Y la doméstica grey celebra el triunfo de su señora, que tan bien sabe sostener el nombre de la casa, que es el nombre de todos.

—Yo pongo la cabeza—afirma con aplomo un magnífico lacayo—que como la señora no habría otra.

—Habría muchas muy bien puestas—observa otro.

—Pero ninguna le llegaría á la señora.

Y así, los esplendores de la fiesta, ya aumentados por la brillante pluma del cronista y aun excedidos por la imaginación de estos buenos lectores, logran imponerse á la fastidiosa realidad, y los mismos que fueron actores y espectadores en ella, acaban por creer que, en efecto, todo fué como les dicen que ha sido: brillante, deslumbrador, mágico, ideal...

Y sin embargo... Cuando la fiesta parecía más animada, no hubo quien se atrevió á preguntar: «y aquí, ¿quién se divierte?» Aparte algún advenedizo, ¿y qué advenedizo no cuen-

ta ya tres generaciones?, ni la satisfacción de la vanidad para aquellas gentes. ¿Ocasión y pretexto para *flirts*, intrigas, coloquios misteriosos? ¡Bah! La vida moderna los ofrece á cada paso y en cualquier lugar. No es preciso la complicidad de tanta gente para que dos personas puedan hablarse con disimulo. ¿Lo succulento de la cena? Toda aquella gente come bien en su casa; sólo hay una señora que ha puesto su última vanidad en la potencia digestiva de su estómago; pero es un alarde de juventud, no de apetito.

Entonces; ¿es que las conversaciones de tantas personas distinguidas son un regalo para el espíritu, por lo ingeniosas, amenas y picantes? Podrá ser; pero al paso sólo se oye la charla más vulgar y descolorida; frases que parecen temas de conversación mal traducidos, cumplimientos insubstanciales, por fórmula: ¡Cada día más hermosa! ¡Qué espléndida *toilette*! ¡Qué hermoso está el baile! ¡Espléndido!

La riqueza del léxico no puede compararse ciertamente á la de Shakespeare ó Cervantes. ¡Hermoso, espléndido! es la muletilla obli-gada.]

Siempre que he asistido á una de estas fiestas de sociedad, no he podido menos de recordar una pantomima que vi representar en

el Nuevo Circo de Paris. Figuraba una *garden party* del gran mundo. Los invitados estaban representados por todos los artistas del circo, acróbatas, *jongleurs*, *clowns*. Todos llevaban vestidos con elegancia, afectando las mejores maneras y la más exquisita corrección: se conversaba, se bailaba, se tomaba una taza de té ó un helado; todo como en la mejor sociedad. Pero, de pronto, una racha de locura se apoderaba de todos, y como en una pesadilla de Edgardo Poë, ó un capricho goyesco, era la más enloquecida fantasía de contorsiones, saltos mortales, golpes, dislocamientos, danzas epilépticas, gritos, aullidos, risotadas histéricas; una casa de locos atacada de súbito ataque contagioso. Daba risa y espanto; temía uno á su vez el contagio; temblaba uno por la seguridad de ese delicado tornillo que sujeta el tinglado de nuestra razón. Un poco más, y los espectadores nos hubiéramos lanzado también á las mayores extravagancias.

Pues bien; he aquí un final maravilloso para una de esas fiestas de sociedad. Los invitados en una espontánea sacudida de su aburrimiento ceremonioso, dejando en libertad al acróbata, al *jongleur*, al *clown* que todos llevamos dentro, para saltar sobre todos los respetos y todas las conveniencias, y *jon-*

gler con los más útiles ó preciosos chirimbolos, y dislocarnos en las más abracadabrantes contorsiones.

La marquesa X entregábase al más desenfadado vals *renversé* con el distinguido *sportman* Q. El respetable hombre público H, arrojando á lo alto sillas, lámparas, espadines de general y condecoraciones de diplomático. Los divanes convertidos en trampolines, y las consolas en pirámides acrobáticas, y por todas partes saltos, piruetas, *flis flaps*, cabezas por el suelo, piernas por el aire, remolinos de faldas y faldones de frac...

¿Y para qué quiere usted que sucediera todo eso? Por nada; por divertirme.

Y así, todos juntos y á la vez y en sociedad, no... Pero después, uno por uno, mejor dicho, dos por dos, y en particular y á solas... ¡Como que si no hubiera más diversiones que las de sociedad, estaría la sociedad divertida!

LIBROS GRATOS

Á D. Ramón del Valle-Inclán, gracias por sus dos libros nuevos; gracias siempre por todos sus libros pasados y futuros; bellos libros que nos descansan de esa literatura agobiadora más insistente cada día; esa literatura que podríamos llamar de la derrota, como se llamó en Francia á la que también se desató allí después de sus desastres; que las calamidades nunca vienen solas sobre las casas ni sobre los pueblos, y por algo se dijo: Bien vengas mal si vienes solo; No siento que mi hijo enfermó, sino la maña que le quedó, y no siento que mi hijo pierda, sino que desquitarse quiera.

Así no es tanto de sentir una derrota como las plagas de Jeremías, Isaías, Ezequiel y otros profetas del día siguiente que no cesarán en clamar de allí en adelante: ¡Si ya lo decíamos nosotros! ¡Si tenía que suceder! ¡Si

lo teníamos previsto y anunciado, y nadie quería oírnos! Y pase por los llorones; pero ¿y los otros, los que juzgan que el haber sido derrotados ya es motivo para que lo blanco se vuelva negro en un día, y todo cambie su ser natural, como si el palo con que nos zurraron fuera varita de virtudes?

Y venga molernos á toda hora con sus recetas reconstituyentes de todos los organismos sociales. ¡Y si cada uno hablara de lo que entiende y se ocupara en lo que le atañe! Pero, no; el literato se dará á criticar del militar; el comerciante del político; el médico del abogado; el agritutor del marino; el cura del torero... y viceversa; para que todos anden soplando la paja en el ojo ajeno, sin tropezar en la viga del propio.

Claro es que esta monomanía regeneradora se exterioriza principalmente en la voz cantante de la literatura. Y en verdad que no sabe uno á qué papel impreso volver los ojos para reposar el espíritu de esas ansias de perfección casi mística, que del más indiferente se apoderan ante tan repetidas exhortaciones.

Hay una nueva hornada de escritores jóvenes—de esos que se cartean con D. Miguel de Unamuno en grandes pliegos de papel comercial, cartas que serán algún día como Evangelios. ¡Y trabajo le mando al que pre-

tenda concordarlas!—que ha llegado á creerse de buena fe, ¡la fe los salve!, que en cada uno de sus escritos, palabras y gestos hay virtud para salvar, no sólo á España, sino al mundo y planetas de alrededor. Sólo en ellos está la virtud, lo demás es literatura. Para ellos no hay libro, ni comedia, ni cuento ni poesía bastante transcendentales como no ventilen, agiten ó remuevan problemas y cuestiones de regeneración. ¡Todo bagatelas! Hablan de un escritor: ¡Siempre está en el café haciendo chistes! ¡Despreciable! Hablan de otro: ¡Figúrense ustedes que no ha leído á Ganivet!, ó ¡Figúrense ustedes que no cree en Solidaridad, lo único grande que hemos tenido aquí nunca!

¡Oh, magnífico D. Ramón del Valle-Inclán! ¿Qué dirán éstos de vuestros nuevos libros? Bellos de su propia belleza, libros que no parecen de ahora, entre toda esa literatura de castigo que pretende hacernos á todos mejores, y sólo ella, con lamentable modestia, se exceptúa, de modo que es peor cada día.